

Narración y tradición

Silvia
Kiczkovsky

En un coloquio que se realizó en Francia, hace algunos años, denominado Los usos del olvido, el historiador judío Yosef Yerushalmi¹ presentó una ponencia sobre la memoria y la tradición. En esa ocasión, planteó la necesidad que un pueblo tiene de recordar los hechos de su pasado, pero no a la manera de una historia positivista, es decir, la memoria de los datos simplemente, sino desde la idea de un camino, de una vía, el Tao, como el camino que cada pueblo recorre y que está determinado en gran medida por su tradición. Yerushalmi, en tanto judío, plantea la importancia de la *halajá*, la ley, pero no la ley como *nomos*, sino como “marcha”, que es la etimología hebrea de la palabra *halajá*, que es el camino que un pueblo camina y que está dado por el conjunto de ritos y creencias que le da el sentido de su identidad y de su destino. La cultura judía es la cultura del libro: la Torá y su lectura e interpretación constante ha sido lo que le ha permitido su pervivencia a pesar de los avatares a los que se ha visto sometida a lo largo de la historia. Pero también tiene una rica cultura oral, una serie de relatos y disquisiciones que son las interpretaciones que los rabinos han hecho de la lectura de la Torá a lo largo de siglos. Esos relatos orales conforman el Talmud. La tradición se pasa de boca a oído y transmite no sólo la historia de ese pueblo, sino también su mitología y, por ende, sus valores éticos. Recuerdo aquí también como relatos orales, a los cuentos jasídicos recopilados por Martin Buber, expresión de la tradición de un grupo de judíos místicos que se extiende por la Europa oriental a lo largo de los siglos XVIII y XIX, fundada por el Baal Shem Tov, el maestro del buen nombre, llamado así porque se decía que conocía el nombre secreto de Dios y podía decirlo de tal modo que con su ayuda era capaz de realizar extraños conjuros y curar cuerpos y almas.

Estas evocaciones me sirven como excusa para introducir el tema que me interesa tratar: el texto narrativo, no sólo en tanto estructura genérica sino como, siguiendo a Jerome Bruner, una forma fundamental de dar sentido a nuestra experiencia. Quisiera aquí plantear la importancia de la recuperación de los textos narrativos tradicionales como formas discursivas importantes en la transmisión de valores éticos y ahora voy a explicar por qué.

Jerome Bruner² postula la existencia de dos modalidades de pensamiento: la narrativa y la paradigmática. Esta última es la modalidad lógico científica, interesada en describir y analizar fenómenos. Crea sistemas argumentativos con altos grados de coherencia basados en premisas, desarrolla categorías específicas, relaciones de taxonomía, causas generales. La imaginación en este tipo de modalidad da como resultado una teoría sólida, un análisis preciso, argumentaciones firmes y descubrimientos empíricos guiados por hipótesis razonadas. Es la capacidad de ver conexiones formales posibles antes de poder probarlas de algún modo formal.

La otra, la narrativa, produce buenos relatos, obras dramáticas, crónicas históricas creíbles. A diferencia de la paradigmática se ocupa de las intenciones y acciones humanas y de las vicisitudes y consecuencias que marcan su transcurso. Trata de situar la experiencia en el tiempo y en el espacio. Se ocupa de lo particular, de lo cotidiano y, lo más importante, se ocupa de la condición humana. Ambas modalidades de pensamiento son formas distintas de dar sentido a nuestra experiencia y ambas son de igual importancia puesto que crean conocimiento. Sin embargo, la modalidad narrativa posee una característica que no posee la otra y es que en un relato deben construirse dos panoramas simultáneamente. Uno es el panorama de la acción, donde encontramos agentes, intenciones, metas, situaciones, instrumentos, y el otro es el panorama de la conciencia: lo que saben, piensan o sienten, o dejan de pensar, saber o sentir los que intervienen en la acción. De este modo, en la narración hay una realidad psíquica expresada.

La estructura narrativa, además de ser la base de los géneros más importantes de la literatura, también nos permite darle sentido a nuestra experiencia cotidiana. Vivimos inmersos en una trama de conversaciones con diversas estructuras genéricas y una de ellas es la narración. Lo importante de la narración es que es un modo de conocer fundado en las intenciones humanas y no en la causalidad como el otro modo, el paradigmático. Y al tratarse de un discurso



fundado en las intenciones humanas y, por otra parte, al expresar una realidad psíquica, entran en juego en él las evaluaciones que los seres humanos establecen sobre ellos mismos, sobre sus acciones y sobre las cosas del mundo, y esto es algo que me interesa fundamentalmente porque permite la expresión de valores éticos relacionados con las acciones y las emociones que se mueven en ellas.

El pensamiento humano tiene una historia filogenética. Edward Whitmont³ habla de diversas fases de pensamiento como la mágica, la mítica y la lógico-mental. En la primera, el lenguaje no está aún muy desarrollado y la visión que se tiene de los acontecimientos es que éstos no tienen una causa física y no pueden planearse racionalmente. Suceden como manifestaciones predestinadas de fuerzas poderosas y desconocidas que escapan al control del hombre. Son manifestaciones de fuerzas naturales inexorables, inevitables, que no pueden ser desafiadas ni modificadas y que están al margen de la responsabilidad y de la comprensión. Sólo se puede invocar, aceptar y someterse al destino. Pero, al mismo tiempo, hay una forma de conocer que tiene que ver con la continuidad del ser uno con el mundo, con el ser parte integrante de él y, en este sentido, la movilización se produce en función de los instintos.

Cuando surge la fase mítica, el pensamiento comienza a adquirir mayor forma y esto sucede gracias al lenguaje que le da la posibilidad de expresarse y al mismo tiempo lo modela según sus formas. El pensamiento mítico está relacionado con el animismo, esto es, con la idea de que hay fuerzas psíquicas que producen causas en el mundo exterior. Intenta explicar el mundo que nos rodea desde una perspectiva de implicación afectiva y emotiva absoluta. El ser humano es parte de ese mundo y lo interpreta desde sus sentimientos, desde sus emociones y al mismo tiempo le atribuye sus formas de actuar, de comprender, de sentir. Es el psiquismo que se proyecta hacia el exterior y lo explica a partir de intenciones y no de causalidades físicas como lo hará más tarde la fase lógico-mental. El mundo del mito es un mundo basado más en acciones que en representaciones, es un mundo dramático, de fuerzas, de poderes en pugna. Es un mundo concebido como una sociedad y su coherencia depende más de la unidad de los sentimientos que de las reglas lógicas. Es el mundo de la narración. El mundo del mito y su forma discursiva es el antecedente de las grandes formas narrativas.

La fase lógico-mental entraña un paso desde el mundo



del psiquismo mitológico hacia el mundo espacial externo tal como es percibido por los cinco sentidos con una existencia y una lógica propias. La noción de espacio tridimensional adquiere relevancia absoluta; el hombre se separa de su entorno y por lo tanto puede hacer uso de él de manera utilitaria. Además, puede imponerle un orden, así como establecer causas y efectos entre los fenómenos que observa dejando de lado la proyección de emociones y sentimientos, al menos en lo que concierne a los efectos directos que éstos pueden tener sobre las cosas que suceden en el mundo. Se establece una forma de pensamiento lineal y la coherencia del mismo ahora dependerá de las distintas relaciones lógicas y de las secuencias argumentativas. Surge así la posibilidad de un pensamiento científico que ordene y clasifique un mundo separado de nosotros. El sujeto frente a un objeto.

Estas fases de desarrollo del pensamiento a nivel filogenético también se dan en el plano de lo ontogenético. El ser humano en su desarrollo individual pasa por estas diversas formas de vivir y pensar el mundo, y de ser en el mundo. Cada una de estas experiencias de pensamiento van conformando una especie de arqueología que constituye, en mi opinión, un inconsciente cognitivo, por utilizar el término acuñado por Lakoff y Johnson,⁴ en el cual conviven.

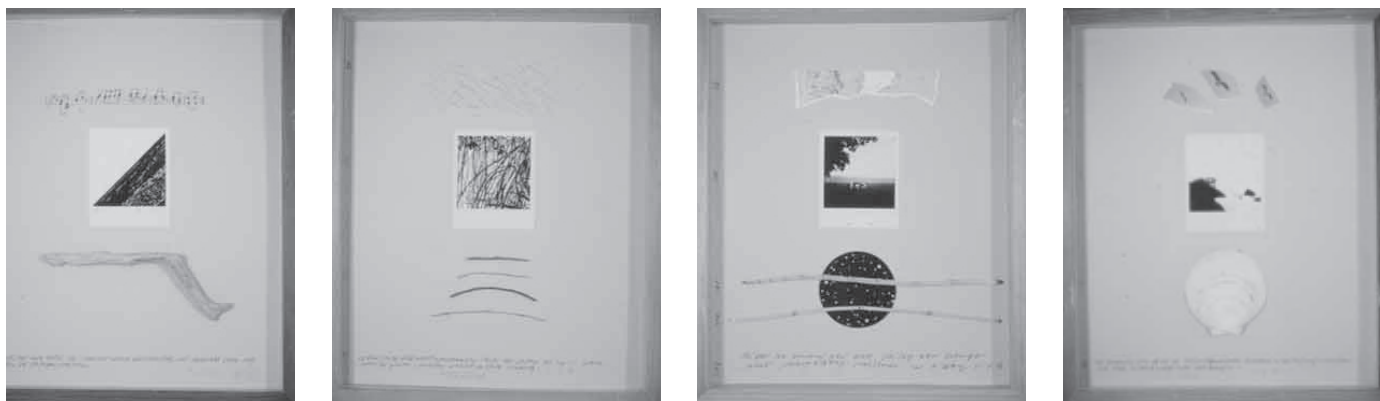
El pensamiento mítico, tal como lo mencionamos antes, es un pensamiento que se expresa principalmente en la modalidad narrativa y nos permite dar sentido, entre otras cosas, a ciertas formas de la experiencia cotidiana que tienen que ver con nuestro ser y con nuestro actuar. Está conformado por grandes metáforas de las emociones y los comportamientos humanos, entre otras cosas. Los mitos forman parte del bagaje simbólico que organiza y posibilita interpretar nuestras experiencias humanas más fundamentales. El mundo de nuestras acciones rituales cotidianas, de las emociones que expresamos en determinadas circunstancias, los valoraciones que le atribuimos a las personas y a sus comportamientos, proviene de esta estructura de pensamiento.

El biólogo Humberto Maturana⁵ plantea que una cultura es una red de conversaciones conformada por el entrecruzamiento del lenguaje y el emocionar. Un niño aprende a ser y a comportarse en las redes de conversaciones en las cuales participa en su casa y en la escuela. Pero al mismo tiempo que aprende y desarrolla lenguaje, y con él sistemas conceptuales y otras estructuras simbólicas, también desa-

rolla un emocionar que se relaciona con la emoción desde la cual los adultos lenguajea. Lo que se desarrolla entonces es un sistema de creencias al cual le corresponden emociones y valores. Esto es lo que conforma una tradición, y la tradición está íntimamente ligada a las narraciones que los niños escuchan y que les permiten desarrollar su inconsciente cognitivo que más tarde modulará su vida adulta aunque no sean plenamente conscientes de ello.

Regresando a Yerushalmi, hay algo que no puede transmitir el pensamiento lineal y científico, ni el discurso de la historia que pretende conservar la memoria de un pueblo. Eso que no puede preservar son las tradiciones, porque las tradiciones se encuentran en los relatos en los cuales se establecen conexiones entre las acciones y los valores que le atribuimos a esas acciones, y ese tipo de pensamiento está más emparentado con una manera de dar sentido a la experiencia ligada a las emociones relacionadas con acontecimientos y con agentes, por lo tanto, con las consecuencias de estos acontecimientos y con las acciones de estos agentes, más que en el gusto o disgusto por los objetos, siguiendo la clasificación de las emociones que realizan Ortony, Clore y Collins desde la psicología cognitiva.⁶

Quisiera dar un ejemplo concreto. Voy a tomar uno de los cuentos jasídicos a los que me referí más arriba. Para ubicarnos en el contexto de estos relatos diré que son legendarios, que no representan una realidad histórica especial. Pero pertenecen a un movimiento de judíos místicos cuya esencia es el concepto de fervor y de júbilo exaltado. Son profundamente religiosos, pero una religiosidad que raya en lo místico y su característica fundamental es que no sólo se basan en enseñanzas, sino que su práctica responde absolutamente a sus creencias. Para ellos, cada acto profano puede ser transformado en sagrado según el modo en que se realice. Son cabalistas por naturaleza, de una cábala practicante y no intelectual. Todos los seres y las cosas del mundo son chispas divinas de la esencia original que es Dios, por lo tanto, todos podemos emitir luz, ser seres luminosos y entrar en contacto directo con lo divino que está en nosotros y que nos une con esa esencia. Eran pueblos campesinos y vivían una vida de una sencillez muy grande. El tipo de conocimiento que creaban y transmitían se basaba en la observación de la naturaleza y en la interpretación cabalística de la Torá aplicada a la experiencia cotidiana. Un conocimiento más de tipo intuitivo que racional. De ahí el



contar cuentos como forma de transmitir enseñanzas que se relacionan con la vida misma y los valores que fundan su cultura. Un rabí decía:

Un cuento debe ser contado de tal manera que se convierta en una ayuda por sí mismo. Mi abuelo era cojo. Una vez le rogaron que refiriera un cuento y él describió cómo el santo Baal Shem acostumbraba a saltar y bailar mientras oraba. Mi abuelo transportado por sus propias palabras, se puso de pie y comenzó a brincar y a danzar como lo hacía su maestro y desde ese instante curó para siempre de su cojera. ¡Es así como un cuento debe ser contado!

Después de esta gran metáfora, voy a referir el cuento y lo dicho nos servirá como marco para poder hablar sobre él.

EL RÍO Y LA LUZ⁷

Se cuenta que una mujer que vivía en una aldea no lejos de Mezbizh venía con frecuencia trayendo de regalo aves y pescados, manteca y harina para la casa del Baal Shem. Su camino pasaba por un pequeño río. Una vez éste creció e inundó ambas orillas, y cuando, a pesar de ello, trató de atravesarlo, se ahogó. El Baal Shem se dolió por la buena mujer. En su pena maldijo al río, que se secó. Pero el príncipe del río quejóse a los cielos y allí se decidió que, en algún momento y por muy pocas horas, el lecho se colmaría de agua nuevamente e inundaría las riberas, y que uno de los descendientes del Baal Shem intentaría cruzarlo. Y nadie podría venir en su ayuda, salvo el propio Baal Shem.

Algunos años después de su muerte, su hijo se extravió en la noche. Repentinamente se halló cerca del río, al que no reconoció, a causa del bullir de sus aguas. Trató de atravesarlo, pero pronto fue arrastrado por la corriente. Entonces vio brillar en la orilla una luz que iluminaba las márgenes del río. Apeló a todas sus fuerzas, luchó contra el torrente y llegó a la orilla. La luz encendida era el Baal Shem.

Este cuento es un buen ejemplo del pensamiento mítico al cual aludimos más arriba expresado en una forma narrativa. Podemos observar claramente el animismo, esto es, la proyección de características psíquicas sobre el mundo exterior y la fuerza y los efectos que pueden tener las palabras sobre ese mundo gobernado además por espíritus que representan la voluntad. El Baal Shem que maldice al río por haber producido un mal: la muerte de la buena mujer, y luego el espíritu del río, su ángel que busca la venganza prediciendo la muerte del hijo del Baal Shem. Cuando el momento de la venganza llega, otra vez lucha y gana, a pesar de estar muerto, aquel que tiene la luz, aquel que produjo el bien: el Baal Shem. La lucha de siempre, el bien contra el mal, la luz contra la oscuridad. Está muy claro que la categoría básica aquí no es la causalidad como en el modelo paradigmático, sino la intencionalidad de los agentes involucrados en el relato, sean éstos seres o cosas, lo mismo da, en tanto sobre las cosas se proyectan características psíquicas, esto es, la voluntad y la intención, pero además y esto me parece importante, emociones y, con ellas, valoraciones. Las emociones involucradas aquí tienen que ver con los acontecimientos y con los agentes. ¿Son deseables o indeseables las consecuencias de los acontecimientos, por lo tanto me producen alegría o disgusto, resentimiento o compasión? Y, por otra parte, ¿apruebo o desapruebo las



acciones del río, del Baal Shem, del espíritu del río, del hijo? ¿Los admiro o les reprocho lo que hacen? Así se van entretejiendo acciones, valores y emociones que surgen de un sistema de creencias que se va conformando en las personas que participan en las redes de conversaciones, en este caso, las pertenecientes a la cultura jasídica. Se establecen coherencias no de tipo lógico sino de sentimientos ligados a agentes, acciones, acontecimientos.

Habría otra cuestión que tratar aquí y es el sistema cognitivo desde el cual se interpreta el relato. Por ejemplo, el hecho de que el Baal Shem pueda verse en forma de luz cuando ya está muerto y que puede ser interpretado como que estos sabios eran considerados verdaderos portadores de luz por su conducta intachable y su devoción, y el hecho de que este tipo de conducta finalmente permita la salvación de las almas, por ejemplo. Es bien conocido que se establecen diversos niveles de interpretación de los textos. Bruner postula el *litera, moralis, allegoria y anagogia*. Realizar cada una de estas lecturas o comprensiones del texto implica actitudes diferentes ante el relato y sistemas desde donde éstos se interpretan.

Yo escogí aquí ejemplos de la tradición judía por esas cosas del azar. El otro día me encontré hablando con alguien sobre Yerushalmi y eso me inspiró para mencionarlo y escoger un cuento jasídico. Pero hubiera podido hablar de cualquier otro relato, de hecho había pensado en el mito griego de Démeter y Perséfone, en algún cuento infantil como *El patito feo*. Tanto los cuentos infantiles como los relatos tradicionales de cualquier mitología comparten las mismas características en este sentido.

Lo que me interesa aquí concluir es que si existe un inconsciente cognitivo, tal como postulamos más arriba, entonces coexisten en él sistemas conceptuales a partir de los cuales se van creando formas diferentes de dar sentido a la

experiencia. Vivimos en el mundo de la ciencia pero también en el mundo de los mitos y de la magia. Coexisten en nuestro pensamiento aunque generalmente predomine un modo sobre el otro dependiendo de los contextos y de la cultura. Tal vez los mecanismos cognitivos generales que subyacen a estas formas sean los mismos, sólo que las coherencias que establecen son diferentes. Sin embargo, la importancia de la narración se ubica en la posibilidad de enfocar la atención sobre los agentes, sus intenciones, sus acciones y los resultados de las mismas; también en las emociones que mueven a los agentes, y el hecho de poder proyectarnos a nosotros mismos en esas emociones y en esas acciones y sus resultados. Esa proyección mueve sentimientos en nosotros, identificación o no con los personajes y sus acciones; en consecuencia, un sistema de valores se va creando y desarrollando y, con él, una tradición. En este mundo donde predominan la ciencia y la tecnología, no sería malo recuperar tales relatos; sobre todo porque nos recuerdan la condición humana de la existencia.

NOTAS

¹ Yerushalmi, Y. H., "Reflexiones sobre el olvido" en *Usos del olvido, Comunicaciones al Coloquio de Royaumont*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1989.

² Bruner, J., *Realidad mental y mundos posibles. Los actos de la imaginación que dan sentido a la experiencia*, Gedisa, Barcelona, 1988.

³ Whitmont, E. C., *El retorno de la diosa. El aspecto femenino de la personalidad*, Paidós, Barcelona, 1998.

⁴ Lakoff, G. y Johnson, M., *Philosophy in the Flesh. The embodied mind and its challenge to Western Thought*, Basic Book, 1999.

⁵ Maturana R., H., *La realidad: ¿objetiva o construida?*, Universidad Iberoamericana/ Anthropos, España, 1995.

⁶ Ortony, A., Clore, G., Collins, A., *La estructura cognitiva de las emociones*, Siglo Veintiuno, México, España, 1996.

⁷ Buber, M., *Cuentos Jasídicos*, Tomo I, Paidós Orientalia, México, 1990, p. 140.

Silvia Kiczkovsky es investigadora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades de la BUAP.

